

Procesos de proyecto: pensamiento, enseñanza y práctica arquitectónica

Project processes: architectural thought, teaching, and practice



La arquitecta–urbanista María Isabel Fuentes, graduada en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil, ha desarrollado una destacada trayectoria profesional y académica vinculada al diseño arquitectónico, la construcción y la enseñanza del proyecto. Desde el inicio de su ejercicio profesional orientó su práctica hacia el diseño arquitectónico como eje central de su producción, consolidando, a lo largo de más de veinticinco años de experiencia, un proceso continuo de evolución conceptual, técnica y constructiva.

Su obra evidencia una permanente búsqueda de calidad espacial, innovación proyectual e identidad local, articulando criterios contemporáneos con referencias propias de la arquitectura de la costa ecuatoriana. A partir de su práctica profesional ha desarrollado una aproximación crítica al proceso de diseño, donde la relación entre contexto, materialidad, clima y cultura adquiere un papel fundamental en la concepción arquitectónica.

Paralelamente, su labor docente ha contribuido a la formación de nuevas generaciones de arquitectos, particularmente en el ámbito del taller de diseño y los procesos proyectuales, integrando reflexión conceptual, sensibilidad contextual y rigor técnico como componentes esenciales de la enseñanza del proyecto arquitectónico contemporáneo.

El “Proyecto” como proceso de pensamiento

Artes: Desde su experiencia profesional y académica, ¿cómo definiría el proceso de diseño arquitectónico en el contexto contemporáneo?

María Isabel Fuentes (MIF): En su esencia, el proceso de diseño arquitectónico continúa respondiendo a una condición fundamental de la disciplina: comprender y dar forma a los modos de habitar. Más allá de los cambios tecnológicos, de las transformaciones metodológicas o de las herramientas disponibles, la arquitectura sigue siendo un ejercicio de interpretación de las necesidades humanas y de su relación con el espacio, el territorio y la comunidad.

Lo que ha cambiado no es tanto la naturaleza profunda del proceso, sino las condiciones desde las cuales este se desarrolla. Cada época plantea nuevas preguntas y obliga a revisar los marcos de referencia desde los que concebimos la arquitectura. En la actualidad, los desafíos asociados al cambio climático, los avances tecnológicos, la transformación de los sistemas productivos y las profundas mutaciones sociales están redefiniendo nuestras formas de habitar y, por tanto, los criterios desde los cuales proyectamos.

En este contexto, el **diseño arquitectónico** se configura como un proceso abierto y dinámico, capaz de incorporar múltiples variables y escalas de análisis. Ya no se trata únicamente de resolver una función o de materializar una forma, sino de construir respuestas que dialoguen con problemáticas ambientales, culturales, económicas y sociales cada vez más complejas.

Los nuevos lenguajes y paradigmas que emergen en la contemporaneidad no sustituyen los fundamentos de la arquitectura; más bien amplían sus posibilidades de acción. La disciplina continúa apoyándose en la observación, la interpretación y la síntesis, pero incorpora nuevas herramientas y conocimientos que permiten abordar de manera más integral la realidad. Desde esta perspectiva, el diseño arquitectónico puede entenderse como un proceso de mediación entre permanencia y cambio: una práctica que conserva su vocación de construir lugares para la vida humana, mientras se adapta críticamente a las condiciones y desafíos de su tiempo.

Artes: ¿Qué papel cumplen la intuición y la reflexión crítica dentro del desarrollo de un proyecto arquitectónico?

MIF: La intuición y la reflexión crítica constituyen dos pilares fundamentales del proceso de **diseño arquitectónico**. Lejos de ser dimensiones opuestas, ambas se complementan y enriquecen mutuamente, permitiendo que el proyecto evolucione desde la exploración inicial hasta la construcción de una propuesta consistente y consciente.

La intuición nos permite conectar con aquello que no siempre puede explicarse de manera inmediata o racional. Es una forma de conocimiento que se nutre de la experiencia acumulada, de la observación, de la memoria, de la sensibilidad y de la propia trayectoria vital. En ella habita una dimensión intangible del proyecto, vinculada a la capacidad de percibir relaciones, posibilidades y significados antes de que estos se formulen con claridad. La intuición surge en esos espacios de apertura donde intervienen también los silencios,

las pausas, la contemplación y el tiempo necesario para que las ideas encuentren su forma. La reflexión crítica, por su parte, introduce la distancia necesaria para analizar, contrastar y evaluar las decisiones proyectuales. Se construye a partir de parámetros, referencias y criterios que permiten verificar la pertinencia de las propuestas en relación con el contexto, el programa, la técnica y los objetivos del proyecto. Gracias a ella es posible transformar las intuiciones iniciales en argumentos sólidos, capaces de sostenerse frente a las múltiples exigencias que implica la práctica arquitectónica.

Entiendo el diseño como un diálogo permanente entre estas dos dimensiones. La intuición abre caminos, descubre posibilidades y amplía el horizonte de búsqueda; la reflexión crítica organiza, cuestiona y da consistencia a esas exploraciones. Juntas permiten desarrollar procesos conscientes e informados, donde la arquitectura no surge únicamente de la aplicación de conocimientos técnicos, sino también de una comprensión profunda de las experiencias humanas, del lugar y de las condiciones particulares de cada proyecto. En ese equilibrio entre sensibilidad y pensamiento crítico reside, a mi juicio, una de las mayores riquezas del quehacer arquitectónico.

Artes: ¿Cómo se construye, a su criterio, una idea arquitectónica sólida desde las etapas iniciales del diseño?

MIF: Considero que toda circunstancia, acontecimiento o condición vinculada a un proyecto puede convertirse en un punto de partida para la construcción de una idea arquitectónica. El origen de una propuesta no necesariamente surge de una única fuente; puede encontrarse en el lugar, en el programa, en una necesidad específica, en una experiencia previa o incluso en una observación aparentemente secundaria. Lo importante es la capacidad del arquitecto para reconocer en esos elementos un potencial capaz de orientar el proceso de diseño.

La solidez de una idea arquitectónica comienza a verificarse desde las primeras etapas del proyecto, cuando las distintas aproximaciones son sometidas a un proceso de contraste, evaluación y síntesis. En ese recorrido, algunas hipótesis se fortalecen y otras se descartan, no solo por su capacidad formal, sino por su potencia conceptual y por la pertinencia de las respuestas que ofrecen frente a las condiciones particulares del encargo.

Es precisamente en este proceso de depuración donde emergen las ideas fuerza que estructuran el proyecto. Estas actúan como principios organizadores capaces de otorgar coherencia a las decisiones posteriores, estableciendo relaciones entre el concepto, el espacio, la técnica y el contexto. Una idea arquitectónica adquiere consistencia en la medida en que logra articular de manera clara los objetivos fundamentales planteados por el encargo y dialoga con los marcos conceptuales que el arquitecto construye desde sus primeras aproximaciones al problema proyectual. Más que una ocurrencia inicial o una intuición aislada, una idea arquitectónica sólida es el resultado de un proceso de comprensión progresiva. Es una construcción intelectual y sensible que se fortalece a medida que demuestra su capacidad para integrar las múltiples dimensiones del proyecto y mantener su vigencia a lo largo de todo el proceso de diseño.

Docencia y formación en diseño arquitectónico.

Artes: ¿Cuáles considera que son los principales desafíos en la enseñanza actual del diseño arquitectónico?

MIF: La enseñanza del diseño arquitectónico enfrenta hoy el desafío de desarrollarse en un contexto caracterizado por la búsqueda de respuestas rápidas, falta de reflexión crítica, sobreabundancia de información y una constante transformación de las herramientas tecnológicas. Sin embargo, a pesar de estos cambios, los procesos fundamentales que sustentan la concepción arquitectónica continúan requiriendo condiciones que difícilmente pueden ser aceleradas: introspección, observación, pensamiento crítico, capacidad de reflexión y tiempo para la maduración de ideas.

Diseñar implica construir conocimiento a través de un proceso que no siempre es lineal ni predecible. La comprensión profunda de un problema arquitectónico, la formulación de conceptos sólidos y la consolidación de ideas fuerza que orienten un proyecto suelen surgir en momentos diversos, muchas veces inesperados, como resultado de una interacción compleja entre experiencia, análisis, intuición y reflexión. Enseñar diseño supone, por tanto, acompañar a los estudiantes en el desarrollo de estas capacidades, ayudándolos a comprender que la arquitectura no se reduce a la producción inmediata de resultados, sino que exige procesos desde lo intelectual y la sensibilidad.

En este sentido, uno de los grandes desafíos contemporáneos consiste en preservar la esencia del oficio en medio de un entorno cada vez más mediado por tecnologías digitales y sistemas de inteligencia artificial. Estas herramientas representan una oportunidad extraordinaria para ampliar las posibilidades de exploración, análisis y representación; sin embargo, no pueden sustituir la construcción del pensamiento arquitectónico ni la capacidad crítica necesaria para formular preguntas pertinentes y desarrollar propuestas con significado.

La formación en diseño arquitectónico debe contribuir a que los futuros arquitectos comprendan que el valor de la arquitectura no reside únicamente en la capacidad de producir imágenes o respuestas rápidas, sino en la construcción de una mirada propia, sustentada en conceptos claros y en una comprensión profunda de las condiciones humanas, culturales y ambientales que dan origen al proyecto. En un tiempo marcado por la inmediatez, generar espacios reflexivos, cuestionar y construir ideas con profundidad y conceptos sólidos sigue siendo una de las tareas fundamentales de la educación arquitectónica contemporánea.

Artes: ¿Cómo ha evolucionado la dinámica del taller de proyecto, desde sus primeros años de docencia hasta la actualidad?

MIF: La dinámica del taller de proyecto ha experimentado transformaciones significativas en las últimas décadas, principalmente como resultado de la expansión del conocimiento disponible, la incorporación de nuevas tecnologías y la creciente complejidad de los problemas que la arquitectura está llamada a abordar.

Actualmente trabajamos con una cantidad de información y variables muy superior a la que manejábamos en los primeros años de docencia. Los sistemas de representación se

han diversificado y sofisticado, permitiendo explorar simultáneamente aspectos espaciales, ambientales, estructurales y constructivos que antes eran abordados de manera más fragmentada. Del mismo modo, las herramientas digitales han ampliado nuestra capacidad de análisis y experimentación, facilitando la exploración de geometrías, configuraciones espaciales y programas cada vez más complejos y desafiantes.

Esta condición ha transformado profundamente la manera en que se desarrolla el proyecto dentro del taller. Hoy es posible investigar, simular, modelar y evaluar alternativas con una velocidad y una precisión impensables hace algunos años. Sin embargo, esta ampliación de posibilidades también exige una mayor capacidad crítica para seleccionar, interpretar y dar sentido a la información disponible.

Paralelamente, las estructuras curriculares han evolucionado, y en muchos casos los espacios destinados a la formación humanística o a determinadas áreas técnicas han reducido su presencia dentro de los programas académicos. Esta situación plantea un reto importante para la formación del arquitecto contemporáneo, quien necesita construir activamente vínculos con otros campos del conocimiento y desarrollar una mirada interdisciplinaria capaz de integrar dimensiones sociales, ambientales, tecnológicas, económicas y culturales. En este contexto, el taller de proyecto ha dejado de ser únicamente un espacio de aprendizaje disciplinar para convertirse en un lugar de articulación entre saberes diversos. Más que enseñar a producir objetos arquitectónicos, el taller contemporáneo busca formar profesionales capaces de interpretar realidades complejas y de construir respuestas informadas, eficientes, sostenibles y pertinentes. La arquitectura actual demanda una comprensión cada vez más amplia del mundo, y el taller sigue siendo el espacio privilegiado donde esa comprensión puede transformarse en proyecto.

Artes: ¿Qué estrategias metodológicas considera más efectivas para estimular el pensamiento crítico y creativo en los estudiantes?

MIF: Considero que el pensamiento crítico y la creatividad no pueden enseñarse como contenidos aislados; se desarrollan a través de experiencias que desafían las certezas, promueven la reflexión y obligan a los estudiantes a construir sus propios criterios. Por ello, una de las estrategias más efectivas consiste en plantear problemas que incorporen grados de fricción, ambigüedad e incertidumbre, de manera que no exista una única respuesta correcta. Estas condiciones estimulan la exploración y permiten comprender que el proyecto arquitectónico es, en gran medida, un proceso de toma de decisiones frente a escenarios complejos.

Otra metodología valiosa es la limitación deliberada de recursos. Cuando se restringen ciertas herramientas, materiales o condiciones, los estudiantes se ven obligados a buscar caminos alternativos y a desarrollar respuestas más creativas. Paradójicamente, la restricción suele convertirse en un potente motor para la innovación.

Asimismo, considero fundamental formular preguntas que obliguen a justificar las decisiones adoptadas. Más que evaluar únicamente el resultado final, resulta importante comprender cómo se construye el razonamiento que sostiene una propuesta. Solicitar distintas versiones o aproximaciones para un mismo problema permite evidenciar que el diseño es un proceso abierto, donde cada decisión implica una posición crítica frente al proyecto.

Las dinámicas colaborativas también cumplen un papel importante. La incorporación de cambios en los integrantes de los equipos, así como la exposición de los proyectos ante jurados diversos, especialistas, veedores o potenciales usuarios, enriquece el proceso al confrontar las propuestas con perspectivas distintas a las del propio estudiante. Esta interacción favorece la capacidad de argumentar, revisar y fortalecer las ideas a partir del diálogo y la crítica.

Del mismo modo, considero especialmente útil el análisis de proyectos que presentan errores o limitaciones. Comprender las razones de un fracaso puede resultar tan formativo como estudiar un caso exitoso, ya que permite identificar relaciones de causa y efecto, reconocer decisiones problemáticas y desarrollar una mirada más crítica sobre la práctica proyectual. Los ejercicios de respuesta rápida, como los esquicios, también son herramientas valiosas. Estos permiten entrenar la capacidad de síntesis y ayudan a que los estudiantes identifiquen y comuniquen la idea central de un proyecto mediante esquemas, diagramas y representaciones esenciales. Aprender a distinguir lo fundamental de lo accesorio es una habilidad indispensable en la formación arquitectónica.

Finalmente, considero muy importante el uso de bitácoras de diseño que registren decisiones, dudas, cambios de dirección y hallazgos a lo largo del proceso. Estas herramientas permiten visibilizar el recorrido intelectual del estudiante y facilitan la revisión crítica de la evolución de su pensamiento. Complementariamente, el análisis de los trabajos de los compañeros y la formulación de preguntas sobre ellos ayudan a desarrollar la capacidad de leer arquitectura, construir argumentos y aceptar la crítica como una oportunidad de aprendizaje.

Es importante que muchas de estas dinámicas ocurran en un espacio libre de la presión de la calificación. Cuando el estudiante entiende que puede explorar, equivocarse, reformular y debatir sin que cada acción sea evaluada, se generan condiciones más propicias para el desarrollo genuino del pensamiento crítico, la creatividad y la autonomía intelectual.

Artes: Desde su experiencia, ¿cómo puede lograrse un equilibrio entre rigor técnico y libertad creativa en el proceso formativo?

MIF: Desde mi experiencia, el equilibrio entre rigor técnico y libertad creativa no debe entenderse como una negociación entre dos dimensiones opuestas, sino como una condición inherente al propio quehacer arquitectónico. La arquitectura alcanza su verdadera complejidad cuando ambas dimensiones actúan de manera integrada y se potencian mutuamente.

Es imprescindible que toda obra responda con solvencia a los requerimientos técnicos, funcionales, constructivos y ambientales que le son propios. El rigor técnico constituye una base fundamental de la disciplina, no solo porque garantiza la viabilidad y el desempeño de una propuesta, sino porque permite que las ideas puedan materializarse de manera coherente y responsable. Sin esta dimensión, la arquitectura corre el riesgo de permanecer en el ámbito de la intención o de la representación.

Sin embargo, el cumplimiento de las exigencias técnicas no debe entenderse como una limitación para la creatividad. Por el contrario, muchas de las soluciones más significativas de la arquitectura surgen precisamente de la capacidad de integrar restricciones, condicionantes

y requerimientos dentro de una visión proyectual más amplia. La creatividad no consiste en ignorar las condiciones del proyecto, sino en transformarlas en oportunidades para construir respuestas originales y pertinentes.

En la formación de arquitectos resulta fundamental transmitir que los aspectos técnicos no constituyen un sistema paralelo al diseño, sino que forman parte de la propia composición del proyecto. La estructura, los sistemas constructivos, las instalaciones, el comportamiento ambiental o las exigencias normativas deben incorporarse desde las etapas iniciales como componentes activos de la concepción arquitectónica, y no como elementos añadidos posteriormente para resolver problemas específicos.

Una obra arquitectónica logra plenitud cuando cada una de sus partes participa de una idea común. En ese sentido, toda decisión técnica debe contribuir a fortalecer la coherencia del conjunto y a consolidar la idea central que organiza el proyecto. Una obra bella y trascendente no se construye a pesar de sus exigencias técnicas, sino a través de ellas. La calidad arquitectónica se manifiesta cuando cada componente encuentra su lugar dentro de un sistema integrado, donde forma, espacio, técnica y significado convergen para construir una totalidad coherente.

Por ello, el proceso formativo debe enseñar simultáneamente a imaginar y a resolver, a explorar y a verificar, a proyectar con libertad y a construir con responsabilidad. Es en esa articulación entre pensamiento creativo y rigor técnico donde la arquitectura encuentra una de sus expresiones más completas y duraderas.

Artes: ¿Qué importancia tiene hoy el dibujo, la representación y la experimentación manual dentro de un entorno cada vez más digitalizado?

MIF: Considero que el dibujo, la representación y la experimentación manual mantienen una importancia fundamental dentro de la formación y la práctica arquitectónica contemporánea. Más que competir con las herramientas digitales, constituyen aproximaciones complementarias que amplían las posibilidades de comprensión, exploración y construcción del proyecto.

Las tecnologías digitales han transformado profundamente nuestra manera de representar y desarrollar la arquitectura. Hoy disponemos de herramientas capaces de procesar grandes cantidades de información, simular comportamientos complejos y trabajar con geometrías que hace algunas décadas resultaban difíciles de imaginar o representar. Estas capacidades han ampliado significativamente el campo de acción del arquitecto y han enriquecido los procesos de diseño.

Sin embargo, el dibujo a mano, los esquemas, los diagramas y las maquetas continúan ocupando un lugar insustituible. Son instrumentos que permiten capturar y comunicar las ideas esenciales de manera directa, sin la mediación de sistemas complejos de representación. En muchas ocasiones, constituyen el primer territorio donde el proyecto comienza a tomar forma, donde las intuiciones iniciales se transforman en relaciones espaciales, conceptos y estrategias de diseño.

La experimentación manual posee además una dimensión reflexiva muy valiosa. Dibujar, esquematizar o construir modelos físicos implica establecer una relación más inmediata con el pensamiento proyectual. Son formas de exploración que permiten ensayar posibilidades, detectar problemas y descubrir oportunidades antes de que el proyecto alcance niveles mayores de definición. En cierto sentido, representan una manifestación del pensamiento crítico en estado inicial, un espacio donde las ideas aún permanecen abiertas y disponibles para ser transformadas.

La interacción con la materialidad de las maquetas y prototipos físicos también aporta una comprensión espacial difícil de sustituir completamente por medios digitales. La escala, la luz, la textura y la relación entre las partes adquieren una presencia tangible que enriquece la lectura y evaluación del proyecto.

Por otra parte, la producción de esquemas y diagramas de síntesis permite ordenar la información, clarificar conceptos y establecer jerarquías dentro del proceso de diseño. Estas herramientas contribuyen a construir una comprensión más profunda del proyecto y proporcionan mayores fundamentos para la toma de decisiones.

Existe, además, una paradoja interesante en el proceso proyectual: mientras más información, conocimiento y definición se logra reunir sobre el problema arquitectónico, mayor libertad adquiere el diseñador para explorar alternativas. Lejos de limitar la creatividad, la comprensión rigurosa de las condiciones del proyecto proporciona la seguridad necesaria para asumir riesgos, experimentar y desarrollar soluciones más sólidas y pertinentes.

Por ello, en un contexto crecientemente digitalizado, el desafío no consiste en elegir entre herramientas manuales o digitales, sino en comprender cómo cada una de ellas aporta formas distintas de pensar, representar y construir arquitectura. La riqueza del proceso contemporáneo radica precisamente en la capacidad de integrar estos múltiples lenguajes dentro de una práctica proyectual más consciente, informada y abierta a la exploración.

Práctica profesional y desarrollo del proyecto.

Artes: ¿Cómo enfrenta las tensiones entre condicionantes técnicas, normativas y aspiraciones conceptuales dentro de un proyecto?

MIF: Entiendo estas tensiones como una condición inherente al proceso arquitectónico y no como un obstáculo para el diseño. Todo proyecto se desarrolla dentro de un conjunto de límites, restricciones y oportunidades que provienen de factores normativos, técnicos, económicos, ambientales y programáticos. Lejos de anular la creatividad, estas condiciones constituyen el marco desde el cual la arquitectura adquiere sentido y pertinencia.

En las etapas iniciales suelo construir un modelo teórico–espacial que incorpora y organiza las principales condicionantes del proyecto. Este ejercicio permite definir un escenario de trabajo acotado, donde las restricciones dejan de ser datos aislados para convertirse en una estructura de relaciones que revela las posibilidades reales de intervención. Comprender la envolvente normativa, las exigencias técnicas y las características específicas del lugar

proporciona una base sólida sobre la cual puede desarrollarse el proceso proyectual.

A partir de ese marco comienzan a operar las aspiraciones conceptuales, entendidas como construcciones intelectuales que orientan la toma de decisiones. Estas surgen tanto de los paradigmas y posicionamientos que cada arquitecto ha ido construyendo a lo largo de su trayectoria, como de las expectativas, valores y objetivos implícitos en el encargo. En ese sentido, los conceptos no aparecen desvinculados de la realidad del proyecto, sino que se desarrollan en diálogo permanente con ella.

La arquitectura se construye precisamente en la interacción entre estas dimensiones. Las decisiones proyectuales no responden únicamente a requerimientos técnicos ni exclusivamente a intenciones conceptuales; son el resultado de una negociación constante entre ambas. Cada elección relativa a la organización espacial, la materialidad, la estructura o la relación con el contexto refleja ese proceso de integración.

Considero que los proyectos más sólidos son aquellos en los que las condicionantes técnicas y normativas dejan de percibirse como elementos externos y terminan formando parte de la propia lógica conceptual de la propuesta. Cuando esto ocurre, el proyecto alcanza un grado mayor de coherencia, ya que cada una de sus partes contribuye a fortalecer una idea central capaz de articular las múltiples exigencias que intervienen en la construcción de la obra arquitectónica.

Artes: ¿Podría compartir alguna experiencia profesional en la que el proceso de diseño haya sido especialmente determinante en el resultado final de la obra?

MIF: Considero que toda obra arquitectónica constituye, en esencia, la materialización de un proceso. Por ello, me resulta difícil identificar un caso en el que el proceso haya sido más o menos determinante que en otros, ya que cada proyecto encuentra su forma final precisamente a través de las decisiones, hallazgos, ajustes y reflexiones que se producen durante su desarrollo.

Desde esta perspectiva, el resultado construido no puede entenderse como un hecho independiente del recorrido que le dio origen. Cada condicionante incorporada al proyecto — ya sea programática, técnica, normativa, económica, ambiental o cultural — participa activamente en la configuración de la propuesta. Del mismo modo, las preguntas formuladas durante el diseño, las alternativas exploradas, las decisiones descartadas y las ideas que logran consolidarse terminan dejando una huella visible en la obra.

La práctica profesional me ha enseñado que el valor del proyecto no reside únicamente en la solución final, sino en la capacidad del proceso para revelar oportunidades que inicialmente no eran evidentes. Muchas veces son precisamente las restricciones, las tensiones o los desafíos particulares de un encargo los que conducen a respuestas arquitectónicas más pertinentes y significativas.

Por ello, más que considerar el proceso como una etapa previa a la arquitectura, lo entiendo como parte inseparable de ella. La obra construida es el resultado acumulado de una serie de decisiones conscientes que se desarrollan a lo largo del tiempo. Cada proyecto posee una trayectoria propia, y es en esa trayectoria donde se define gran parte de su identidad,

su coherencia y su capacidad para responder de manera adecuada a las condiciones que le dieron origen.

En consecuencia, podría afirmar que en todas las obras el proceso ha sido determinante, porque es precisamente allí donde la arquitectura se piensa, se cuestiona, se transforma y, finalmente, encuentra su forma.

Nuevas miradas y futuro del proceso proyectual.

Artes: Desde su perspectiva, ¿qué aspectos deberían replantearse en la enseñanza y práctica del diseño arquitectónico en América Latina?

MIF: Comparto la visión de que uno de los principales desafíos para la enseñanza y la práctica del diseño arquitectónico en América Latina consiste en encontrar un equilibrio entre las exigencias de un mundo cada vez más globalizado y la necesidad de responder de manera pertinente a las realidades locales. En un contexto marcado por profundas transformaciones tecnológicas, ambientales y sociales, resulta necesario revisar no solo los contenidos que se enseñan, sino también las capacidades que se consideran fundamentales para la formación de los futuros arquitectos.

En primer lugar, considero indispensable fortalecer el desarrollo del pensamiento crítico y la capacidad de resolución de problemas complejos. La arquitectura contemporánea requiere profesionales capaces de interpretar escenarios cambiantes, cuestionar supuestos establecidos y construir respuestas informadas frente a desafíos que rara vez admiten soluciones únicas o definitivas.

Asimismo, resulta cada vez más importante incorporar dimensiones relacionadas con el desarrollo socioemocional. La práctica arquitectónica implica trabajar en equipos multidisciplinarios, gestionar conflictos, comprender diversas realidades humanas y establecer procesos de diálogo con comunidades, instituciones y usuarios. Estas habilidades son tan relevantes como las competencias estrictamente técnicas.

Del mismo modo, es necesario fortalecer las capacidades digitales y la comprensión de las nuevas tecnologías que están transformando los procesos de diseño, representación, construcción y gestión de la información. Sin embargo, esta incorporación tecnológica debe realizarse sin perder de vista los fundamentos del oficio. La recuperación y valoración de aprendizajes esenciales como el dibujo, la elaboración de modelos físicos, la observación directa y la experimentación manual continúan siendo herramientas fundamentales para la construcción del pensamiento proyectual.

También considero necesario reforzar competencias vinculadas a la sostenibilidad y a la comprensión de los desafíos ambientales que enfrenta la región. Las denominadas competencias verdes ya no constituyen un campo especializado, sino una dimensión transversal que debe formar parte de toda reflexión arquitectónica contemporánea.

Igualmente, importante es fortalecer capacidades básicas que en ocasiones se dan por supuestas, como la lectura, la escritura y el razonamiento matemático. La arquitectura es

una disciplina que requiere comunicar ideas con claridad, construir argumentos sólidos y comprender fenómenos complejos a través de distintos lenguajes de representación y análisis.

Finalmente, considero fundamental profundizar la vinculación entre la formación arquitectónica, el entorno social y la cultura local. América Latina posee una enorme diversidad de territorios, tradiciones, modos de habitar y formas de producción cultural que constituyen una fuente invaluable de conocimiento. La arquitectura no puede desarrollarse de manera aislada de estas realidades. Por el contrario, debe aprender a dialogar con ellas para construir respuestas más sensibles, pertinentes y comprometidas con las necesidades de nuestras comunidades.

Más que adoptar modelos externos de manera acrítica, el reto consiste en formar arquitectos capaces de comprender la complejidad contemporánea sin perder el vínculo con los contextos específicos donde actúan. En esa articulación entre innovación, pensamiento crítico, sostenibilidad y arraigo cultural reside, a mi juicio, una de las principales oportunidades para el futuro de la arquitectura latinoamericana.

Artes: Finalmente, ¿cómo imagina el futuro del proceso de diseño arquitectónico frente a los desafíos urbanos, ambientales y tecnológicos contemporáneos?

MIF: Imagino un futuro en el que el proceso de diseño arquitectónico estará cada vez más influenciado por la convergencia de múltiples factores que ya están transformando nuestra disciplina: la automatización, la inteligencia artificial, el cambio climático, las profundas transformaciones sociales y la creciente complejidad de los entornos urbanos. Sin embargo, más allá de los avances tecnológicos, considero que la arquitectura seguirá manteniendo su compromiso esencial con la construcción de espacios significativos para la vida humana. Paradójicamente, mientras las herramientas digitales amplían nuestras capacidades de análisis, simulación y producción, la arquitectura tenderá a fortalecer su vínculo con el lugar, el contexto y las condiciones específicas de cada territorio. Frente a desafíos globales, las respuestas más pertinentes continuarán encontrándose en la comprensión profunda de las particularidades ambientales, culturales y sociales de cada realidad.

El futuro del diseño arquitectónico exigirá procesos cada vez más informados, capaces de integrar grandes volúmenes de datos y conocimientos provenientes de distintas disciplinas. La eficiencia energética, la sostenibilidad, la resiliencia urbana y la gestión responsable de los recursos dejarán de ser aspectos complementarios para convertirse en componentes estructurales de toda propuesta arquitectónica. En este escenario, la capacidad de diseñar respuestas adaptativas y sostenibles será una de las competencias fundamentales de la profesión.

Sin embargo, considero igualmente importante que esta evolución tecnológica no diluya el componente creativo que distingue a la arquitectura de otras formas de producción técnica. La creatividad seguirá siendo indispensable para interpretar necesidades humanas, construir significado y generar espacios capaces de enriquecer la experiencia de quienes los habitan. La tecnología podrá asistir y potenciar los procesos de diseño, pero difícilmente reemplazará la capacidad humana de imaginar, interpretar y otorgar sentido.

También imagino una arquitectura cada vez más consciente de su pertenencia a sistemas mayores. La comprensión de los fenómenos naturales, de las dinámicas ecológicas y de las complejas redes de relaciones que configuran nuestras ciudades nos llevará a desarrollar una mirada más integral sobre el entorno construido. La arquitectura deberá reconocerse como parte de una realidad interconectada, donde cada intervención participa de procesos ambientales, culturales y sociales más amplios.

En este contexto, el diseño arquitectónico estará estrechamente vinculado al desarrollo de nuevas tecnologías, nuevas materialidades y nuevas formas de producción. Sin embargo, su verdadero desafío consistirá en utilizar estos recursos para construir respuestas más humanas, responsables y pertinentes. Más que una arquitectura dominada por la tecnología, imagino una arquitectura capaz de integrar innovación y sensibilidad, conocimiento y creatividad, eficiencia y significado.

En definitiva, creo que el futuro del proceso proyectual estará marcado por una mayor complejidad, pero también por una mayor conciencia. Una arquitectura que, apoyándose en las herramientas de su tiempo, sea capaz de responder a los desafíos contemporáneos sin perder de vista aquello que ha definido históricamente a la disciplina: su capacidad para transformar el espacio en una expresión cultural del habitar humano.